

pañas, es igual que la de Reina de la Hispanidad, pues ésta no es otra cosa que la conjunción de todas las Españas.

Después del Alzamiento Nacional, en El Escorial, al clausurarse el II Consejo Nacional del Frente de Juventudes, el día 3 de Octubre de 1942, pronuncia el Caudillo Franco un discurso señalando cómo las efemérides más transcendentales de la historia patria están signadas por el patrocinio de la Iglesia, y al reseñar las gestas del Alzamiento dice: «La ofensiva de nuestro enemigo sobre Cáceres, se detiene ante los muros del Santo Monasterio de Guadalupe, que cobijan a la Virgen, *Señora de nuestros descubrimientos*».

Por eso cuando se crea el Consejo de la Hispanidad, se designa Capellán del mismo al Padre Superior del Monasterio de Guadalupe; y por eso el heroico defensor del Alcázar de Toledo, general Moscardó, en una notable alocución, se expresó así: «Guadalupe es la bandera de la Hispanidad, y sus extremos descansan en los países hispánicos; Guadalupe es el camino de la hermandad hispano-americana, el lazo indestructible, el mandato imperioso».

XIII. — EL IMPERIO ESPAÑOL: DOS ASPECTOS.

Interminable sería este artículo, pues material hay abundantísimo, pero con lo que hemos someramente esbozado, ya quedan expuestos hechos suficientes y argumentos demostrativos de que la advocación mariana de Guadalupe primaba en las Españas durante el poderío transcendental y fusionador del genio español, que con palabra de hoy llamamos Hispanidad, y que su inspiradora y protectora es Nuestra Señora de Guadalupe, que obra a modo de norte imantado para atraer a los países hispánicos, y que es portavoz sin igual de los vínculos espirituales de los hombres de habla española.

Ello explica que cuando España ve eclipsarse su Imperio, decaiga el culto a Guadalupe, y que cuando, como en el presente ocurre, alborcean resplandores imperiales, siquiera sean de carácter estrictamente espiritual, retorne fresca y arrobadora la devoción a la Virgen de Guadalupe, y ante su sagrada imagen se postren con sus banderas los pueblos por España descubiertos y evangelizados, en acto de natural acatamiento, pues el Real Monasterio-Basilica de Guadalupe, en Extremadura, es, con títulos tan legítimos e imperecederos cual no los podrá ostentar ningún otro, el TEMPLO DE LA HISPANIDAD, que unifica y fusiona en el crisol virginal a todos los países que integran el genio hispánico.

Antes, ahora y siempre, Guadalupe ha sido, es y será norte y voz de cristiana Hispanidad; por eso las naciones hispano-americano-filipinas, al depositar sus banderas ante el trono de Nuestra Señora de Guadalupe, reconocen y proclaman que es la VIRGEN Y REINA DE LA HISPANIDAD, al par que es adorada como Patrona de esta Extremadura eterna, de esta Extremadura simiente perenne y crisol purificador de Hispanidad.

EL CISNE

*La luz que emergía
de las hondonadas de tu ser
te iba borrando en mi pensamiento,
como un dedo implacable que esfumara tu contorno.
Apenas te moviste.
Un rumor deshilachado,
de voces de cristal
envuelto en la azulada atmósfera de la noche
subió de la calle.
Estabas inmersa en la paz de tu propia obra destructora.
Quise transmitirte el temblor de mis manos
y esquivaste
el mágico contacto.
Morir en otro es como una aurora de la nada...
y tú
ibas muriendo en mí porque el hálito de tu luz interior
te anulaba en mi conciencia.
¡Cuántas veces me has dejado de existir de este modo!
Los vivos resplandores que irradiabas
como un sol sin orillas ni fronteras
descomponían en mi alma la euritmia de tu cuerpo.
Todo se borraba inexorablemente
tras esta fricción de tu luz cegadora...
los minúsculos arcos triunfales de las cejas
y las dos aceitunillas, como Circe, de tus ojos verdes,
y el níveo acueducto de tus dientes
entrevisto*

a través de los bordes rojos de la parlante herida,
 y el cisne del cuello, erguido y dúctil como un junco de marfil,
 y los tímidos cervatillos
 ocultos bajo la blanca espuma de tus encajes...
 Te me morías
 entre arreboles de luz misteriosa
 mientras llegaba de la calle los trémulos himnos de la vida.
 Eras como un torrente de claridad.
 despeñándote dentro de mí,
 sol sin ocaso
 ampo de nieve
 espada desnuda
 batiendo sobre mi pobre carne dolorida.
 Desapareciste primero
 en la tercera de tus dimensiones;
 después quedó tu cuadrado yerto e inconsútil
 y en el póstumo
 esfuerzo de tu íntima radiación
 fuiste ya ese punto impracticable de la matemática pura.
 Más allá
 de lo sutil, de lo incorpóreo, de lo etéreo...
 Naranja sin piel, ni gajos, ni pipos, ni zumo
 y cuando zozobró del todo
 irremisiblemente perdido
 el lindo bajel de tu cuerpo
 ¡oh, piélagos de luz maravillosa!
 tan sólo sobrevivió en mí
 el logaritmo de tu alma.

CARLOS TUS



RECUERDOS

¿POR QUÉ NO?

por Miguel MUÑOZ DE SAN PEDRO,
 Conde de Canilleros

NO soy capaz de recordar cuando ví por vez primera a la Infanta doña Eulalia de Borbón. Recuerdo muy bien que las últimas veces fueron en Roma, en 1935, y en Madrid, no muchos años antes de su muerte, durante una de las visitas que hizo a la capital de España desde su residencia de Irún. Tan solamente en estos dos últimos encuentros tuve ocasión de sostener con ella charlas reposadas. Mi afición a la Historia me atraía hacia aquella Infanta, nieta de Fernando VII, hija de Isabel II y hermana de Alfonso XII, que era un jirón vivo de historia y a la que se habían querido achacar perfiles casi revolucionarios.

Nacida en Madrid, el 12 de Febrero de 1864, murió en Irún, a las siete y media de la tarde del 8 de Marzo de 1958, abarcando con su existencia un período de noventa y cuatro años, durante el cual se operaron grandes modificaciones en el mundo.

Viajera infatigable, doña Eulalia recorrió todas las cortes de aquella Europa l'ena de tronos y coronas. Estuvo en Alemania con el Kaiser Guillermo, en Rusia con el Zar Nicolás, en Inglaterra con la Reina Victoria, en Roma con seis papas—Pío IX, León XIII, Pío X, Benedicto XV, Pío XI y Pío XII—, en Austria con el Emperador Francisco José. . Tuvo trato con todos los soberanos y príncipes de pequeños y grandes países. El Rey Carlos de Portugal, que era un artista, la pintó en dos retratos. En Baviera, muerto Luis II, el de la locura iluminada y musical, vió al hermano de éste, el Rey Otón, el pobre loco que por las noches se creía perro y aullaba, andando a cuatro pies por las galerías de castillos y palacios. Estuvo, como representante de la familia Real española, en la Exposición de Chicago, visitando también Cuba, Nueva York, Washingtón. En esta ciu-